

LA HISTORIA DE LOS PAPELES DE TROTSKI *

POR J. VAN HEIJENOORT

Nos encontramos, aquí, en la etapa final de una larga trayectoria. El momento inicial de esa trayectoria es Moscú, 1927. De ahí pasa a través de Alma-Ata, en Siberia, cerca de la frontera china, para doblar luego hacia Prinkipo, una pequeña isla en el mar de Mármara; de Turquía pasa a Marsella y París, después a Oslo y a Hønefoss en Noruega; de Noruega la trayectoria se continúa a Tampico y después a Coyoacán en las afueras de la ciudad de México y, finalmente, va de Coyoacán a Cambridge, Massachusetts.

Varios baúles que contenían los papeles de Trotski lo siguieron en esta odisea y se fueron acrecentando en contenido y en tamaño mientras pasaban los años. Los papeles que salieron de Moscú con él eran, en principio, su correspondencia de la guerra civil, que consistía especialmente en copias de telegramas intercambiados entre él y Lenin durante los años de 1917 a 1921 y, después, los documentos escritos durante la lucha de la oposición izquierdista contra Stalin durante 1923 y 1927. Fue este el núcleo original alrededor del cual, en 1928, en Alma-Ata, comenzó a cristalizarse una nueva documentación. Durante el año que Trotski pasó

en Siberia sus archivos se enriquecieron con la correspondencia que puso sostener con sus compañeros deportados.

Estos eran hombres (como Rakovsky, Solntsev y muchos otros) notablemente talentosos que habían ocupado hasta hacía poco posiciones importantes en el estado soviético como diplomáticos, economistas, etcétera, por lo que la correspondencia que crearon en 1928 se basaba en un íntimo conocimiento de la maquinaria del estado soviético. Cuando yo llegué a Prinkipo en 1932, había estantes a ambos lados de una enorme galería del segundo piso de la casa. En ellos estaban los que llamábamos los *papki* (legajos en ruso) que contenían los papeles sacados de Rusia. Muchos de ellos no habían sido abiertos desde la salida de Moscú y eran, para nosotros, objeto de maravilla.

Con Trotski, los archivos emprendieron, a principios de 1929, el largo viaje de Alma-Ata a Estambul. Alguien podría preguntarse por qué Stalin permitió que Trotski sacara del país sus papeles. Esa es parte de una pregunta más amplia: ¿por qué permitió Stalin que Trotski saliera de Rusia? La respuesta no es sencilla, y no es ahora la ocasión para discutirla en detalle. Me limitaré a decir que en ese momento Stalin se hallaba todavía manobrando con algunos de los miembros del Politburo y en conflicto con ellos; y que también pensaba, en apariencia, que una vez que Trotski estuviera fuera sería fácil considerarlo un *agente extranjero*. Es obvio que, algunos años después, Stalin comenzó a morderse las uñas lleno de reproches por lo que había hecho.

Una vez establecido en Prinkipo, Trotski empezó a escribir abundantemente. Hizo lo que yo llamo los libros grandes, como *Mi vida* y la *Historia de la Revolución Rusa*, además de una serie continua de artículos, y de una amplia correspondencia. Había grupos trotskistas en quizá treinta o cuarenta países del mundo, y Trotski acostumbraba cambiar cartas regularmente con sus líderes y, en ocasiones, hasta con sus militantes. También se escribía con muchas personas que no eran miembros de esos grupos. Las cartas remitidas, así como copias de las que se recibían, entraban a los archivos. Incluso teníamos un legajo especial para cartas mandadas por buscadores de autógrafos y por gente que le ofrecían consejos relacionados a cómo salvar su alma y cómo mejorar su salud.

Con todo, hay en los archivos lo que yo llamo "agujeros" y, para ayudar a los estudiosos, quisiera ahora decir algunas palabras al respecto.

Hubo un incendio en la villa Izzet Pasha, en la que Trotski vivía en Prinkipo. El siniestro ocurrió a las dos de la mañana del primero de marzo de 1931. Afortunadamente el fuego fue rápido y leve y el contenido de los muebles cerrados no fue tocado por él. Recuerdo que los legajos fueron arrojados por las ventanas por Jan Frankel y que bien poco fue lo que se perdió: una gran colección de fotogra-

Jean van Heijenoort (1912) fue secretario durante muchos años de León Trotski, así como su traductor al francés. Recientemente publicó *Con Trotski. De Prinkipo a Coyoacán*. Este texto es una transcripción del discurso con el cual Van Heijenoort inauguró en Harvard la apertura del archivo de correspondencia del ideólogo ruso.



fías de la Revolución que conservaba en su cuarto Natalia Ivanovna, y cierto número de cartas que Trotsky había recibido recientemente y que estaban en su escritorio para ser contestadas. Poco fue pues lo que hubo que lamentar.

Otras lagunas en los archivos vienen del hecho de que la vida de Trotsky durante sus doce años de exilio, especialmente después de su salida de Turquía, fue todo menos lo que pudiera llamarse tranquila. En Francia, durante meses, estuvo corriendo de un lado a otro. En Noruega estuvo internado cuatro meses en condiciones muy adversas. Todas estas circunstancias eran contrarias a la conservación adecuada de los archivos. También hay el hecho de que los colaboradores de Trotsky se mudaban frecuentemente y varios de ellos carecían del gusto de conservar los papeles en orden.

Uno de los "agujeros" de los archivos fue debidamente taponado en 1933. Llegamos de Turquía a Francia en julio de ese año y el gobierno francés le había otorgado una visa a Trotsky sin ningún tipo de restricción especial. La actitud de la policía francesa contenía, sin embargo, un cierto elemento

de incertidumbre. Cuando los baúles que contenían los archivos fueron abiertos, Leon Sedov, el hijo de Trotsky, sacó lo que yo llamaría los legajos delicados, aquellos que contenían los nombres de los jefes de los grupos trotskistas francés y alemán (Pierre Naville, Raymond Molinier, Erwin Akerknecht, etc.) y los puso en lo que él consideró un lugar seguro. Los legajos nunca volvieron a los archivos. Sedov sacó también su propio legajo. Había dejado Prinkipo para ir a Berlín en febrero de 1931. Entre esa fecha y julio de 1933 Trotsky sostuvo con su hijo una abundante correspondencia ya que, dos o tres veces a la semana, le dictaba cartas para él a la mecanógrafa rusa. Se trataba de cartas muy ricas en contenido, por lo que es una lástima que ese legajo nunca regresara al archivo y que no se haya vuelto a saber nada de él.

En la noche entre noviembre 6 y 7 de 1937 cierto número de paquetes llenos de papeles fueron robados de una casa en la que se les había guardado en la rue Michelet, en París. El reporte de la policía francesa decía que la puerta había sido recortada y que toda la operación se había realizado con cuidado profesional. Se trataba de una pandilla de ladrones profesionales que había sido mandada de Moscú. A través de Mark Zborowski, un agente secreto stalinista que se había ganado la confianza de Sedov, la policía rusa sabía por adelantado lo que había en la casa de la calle Michelet. Después del hurto, Sedov le escribió a su padre que lo que contenían las cajas eran, en su mayoría, recortes de prensa y periódicos. Es difícil creer que la policía de Stalin iba a mandar una pandilla de profesionales desde Moscú sólo para robarse algunos periódicos viejos si sabían de antemano lo que las cajas contenían, por lo que puede pensarse que algunos de los folders sacados por Sedov antes, se encontraban entre lo perdido.

Debo mencionar también que parte de los papeles de Trotsky, específicamente la correspondencia de la guerra civil, fue vendida por él al Instituto Amsterdam en 1935, que la ha publicado ya en ruso y en inglés.

He indicado las lagunas del archivo para ayudar a los estudiosos a entender lo que hay en él y lo que no. Ahora quisiera decir algo acerca de los métodos de trabajo de Trotsky. Excepto cuando se hallaba trabajando en un libro de carácter histórico (como aquellos sobre Lenin y Stalin) no era un académico hurgando los archivos. Sus artículos estaban relacionados, casi siempre, con el futuro y con el presente, no con el pasado. Cuando los escribía usaba la información que le daban los periódicos. Conservábamos los archivos en buen orden, pero se hacía relativamente poco uso de ellos. De vez en cuando, cuando dictaba una carta, me pedía que le diera la copia de la carta anterior al mismo correspondiente, pero aún eso era poco común. Una excepción a esto es, por ejemplo, el trabajo para la Comisión Dewey sobre los Juicios de Moscú. Las au-



diencias se hicieron en Coyoacán en abril de 1937 y antes de que llegaran los comisionados empezamos a prepararnos buscando en todos los archivos documentos que sirvieran para refutar las acusaciones hechas contra Trotsky desde Moscú. Los *papki* fueron abiertos por primera vez desde que salieron de Moscú y dejaron escapar el polvo que habían juntado. Cada pedazo de papel en los archivos fue escrutinado y ustedes pueden hacerse de una idea de lo que eso significó mirando los dos volúmenes de audiencias y documentos publicados por la Comisión.

¿Por qué vinieron los archivos a Harvard? Bueno, por algo del destino y por algo de suerte. A finales de 1938, después de Munich, Trotsky advirtió, por supuesto, que la guerra empezaría en Europa. Estaba convencido de que, en caso de guerra, Stalin trataría de matarlo y hasta predijo con cierta exactitud cuándo intentaría hacerlo. El escenario que Trotsky tenía en mente era el siguiente: los stalinistas mexicanos movilizarían a una multitud contra la casa de Coyoacán, dos o trescientas gentes, hasta rodearla. Tomando ventaja de la confusión un comando profesional trataría, en un momento dado, de someter a la guardia de policías mexicanos, entraría a la casa, le daría muerte y prendería fuego a los archivos. Trotsky tenía un fuerte sentido de la historia. Estaba convencido de la importancia de los archivos para las generaciones venideras. Además del peligro que representaba Stalin, las condiciones climáticas en México no eran las adecuadas para la conservación de los papeles, así que Trotsky comenzó a pensar en alguna institución norteamericana. Se establecieron contactos con algunas de ellas: la Chicago University, la Fundación Hoover en California, y Harvard. Cada una de las instituciones mandó a un hombre a México a ver los papeles antes de firmar un contrato. Yo era el encargado de mostrarles los papeles y recuerdo bien esas visitas en 1939. ¿Por qué vinieron los papeles a Harvard? Dudo que haya habido una razón particular. Hubo un momento en el que Trotsky pareció inclinarse por la Fundación Hoover, pero probablemente Harvard se movió con mayor agilidad que los otros y fue así que se hicieron las cosas.

Por la cuestión de la venta, los papeles fueron divididos. Por supuesto era imposible que Trotsky vendiera los papeles que todavía estaba usando, creando día con día. Por lo que la fecha de corte de diciembre 31 de 1936 fue fijada. Ese día Trotsky estaba en el mar, entre Oslo y Tampico, por lo que había una laguna entre los días finales de un año y el principio del otro, de modo que se consideró un buen punto de corte. De ahí que el primer montón de papeles vendidos a Harvard incluía todo lo que había hasta finales de 1936. Pero en agosto de 1940, poco después de la firma del contrato de esa primera parte, Trotsky fue asesinado. Inmediatamente después, Natalia Ivanovna y su consejero y

abogado, Albert Goldman, decidieron mandar todo lo que quedó en la casa a Cambridge, así que todos los papeles de 1937 en adelante fueron a Harvard, incluyendo el pasaporte turco de Trotsky, el permiso de residencia en México, todo, y el contrato de venta fue firmado en 1946. Después de la guerra, Natalia Ivanovna reunió varios papeles de diferentes fuentes, sobre todo documentos que le mandaron de Europa, no muchos pero importantes, y todos juntos formaron un nuevo paquete que le fue vendido a Harvard en 1953.

A través de esta división cronológica, hay otra que se basa en los contenidos y que fue impuesta por Trotsky mismo: que su correspondencia (la recibida y la mandada) se conservara cerrada por cuarenta años, con el objeto de proteger la seguridad de cierto número de personas de Europa, lo que efectivamente se consiguió. Esta es la sección que hoy acaba de ser abierta. Recuerdo haber venido a Harvard por primera vez en el otoño de 1940 a abrir los baúles que acababan de llegar. En ese entonces, 1980 parecía ser el fin del mundo y, sin embargo, como ustedes pueden ver, ha llegado ese año.

Me gustaría decir algunas palabras de consejo a quienes van a usar los archivos: se trata de un complejo montón de papeles, por su tamaño y por su contenido. Mi primer consejo sería no entrar a ellos bajo una perspectiva de corto plazo. Ustedes deben estar muy bien preparados para hacer con ellos algo que valga la pena, identificar a las personas, reconstruir circunstancias, etc. Recibirán una magnífica ayuda para ello de los tres volúmenes de catálogos que ha compilado el señor Patrick Mieh. Un bibliotecario no puede, sin embargo, leer cada documento y estudiar cada circunstancia en que fue escrito, limitándose a recoger nombres y fechas, y sin poder cotejar los documentos en pos de una pieza de información. Por eso hallarán en los catálogos errores pequeños y discrepancias, y por eso les pido que mantengan un record de cualquier error para que se lo den al bibliotecario a cargo de Houghton. Habremos de diseñar el aparato para que el catálogo pueda ser mejorado en una especie de trabajo colectivo. Debo decir también que al principio el señor Mieh usó, de buena fe, el libro de Isaac Deutscher, y que este libro es notablemente deficiente en lo tocante a fechas, lugares, deletreo de nombres, etc.

Por supuesto algún día algunas de estas cartas serán publicadas, lo que implicará problemas. Algunas de las cartas fueron dictadas en ruso, en un hermoso ruso. Era su lengua, y, usándola, se sentía perfectamente a gusto, por lo que en ella es donde uno mejor puede apreciar y juzgar su estilo. Su francés y su alemán eran, lo mismo, muy buenos. En México mejoró su inglés y aprendió español al grado de poder leer los periódicos y sostener pequeñas conversaciones. Dictaba en alemán, francés e inglés. Cuando me dictaba en francés en oca-

siones mejoraba yo su sintaxis. Había ocasiones en las que insistía en ciertos giros de la frase pues consideraba que quedaba más claro su pensamiento al hacerlo aunque no se tratara de un francés del todo correcto. Entre nosotros había una especie de interacción en ese sentido: algunas veces lograba imponerse y en otras yo triunfaba y lo cambiaba. Lo mismo puede decirse de cuando dicta en alemán y en inglés. Algunas veces modificábamos al escribir su dictado. De hecho, Trotsky no puntuaba al dictar y eso tenía que hacerlo el secretario, por lo que quien edite las cartas deberá estar al tanto de esta situación. Las más de las veces resultará que las cartas no pueden editarse como están, es decir de manera facsímil: tendrán que cuidarse detalles como la ortografía, los acentos en francés, etc. Muchas de las cartas fueron mecanografiadas en circunstancias difíciles (máquinas rotas, sin acentos, etc.) por lo que una labor de pulimiento es inevitable. Pero tiene que hacerse con delicadeza. Las cartas no pueden reescribirse, eso es obvio, pero hay pequeños cambios que los especialistas tendrán que hacer con mucha delicadeza.

Por último quiero decir algo en relación a la correspondencia, es decir, a la parte de los archivos que acaba de abrirse. No deben esperarse revelaciones sensacionales en lo político, toda vez que Trotsky no era un hombre con diferentes ideas en lo público, y en lo privado. La continuidad en el plano político entre los escritos publicados y la correspondencia será obvia para todos. No hay contradicción. Las cartas, sin embargo, agregarán una buena parte a los escritos publicados, nuevas dimensiones. Los escritos funcionan con conceptos políticos y no resulta fácil adivinar al hombre que había detrás de ellos. Hasta la autobiografía, *Mi vida*, revela poco de esa vida interior. Hay mucho drama: Trotsky escapando de Siberia, corriendo por las estepas, etc., pero no sabemos lo que sentía al hacerlo. Eso es lo que la correspondencia va a cambiar, pues muchas de las cartas son muy reveladoras de Trotsky como hombre. Las cartas a Natalia Ivanovna, a su hijo Liova, a su hija Zina traerán su vida íntima más cerca de nosotros. Pero todas las cartas, si las leemos con cuidado, contribuyen a una comprensión más profunda de su personalidad.

Otra función importante de la correspondencia es la de revelarnos lo que Trotsky sabía en ciertos momentos sobre ciertos asuntos. ¿Qué sabía, por ejemplo, en cierta fecha, cuando escribía sobre Rusia, sobre lo que estaba sucediendo en los altos círculos burocráticos? La correspondencia arroja luz sobre estas fuentes de información y sobre la cantidad de información con la que contaba en momentos dados.

Las cartas fueron, claro está, remitidas a sus corresponsales y revelan por lo mismo mucho sobre la manera que Trotsky tenía de tratar a la gente, al grado de sentir el tono de su relación con una persona dada.

Hay, por supuesto, una preocupación recurrente a través de toda la correspondencia: la creación de los grupos trotskistas a través de todo el mundo. Grupos que crecían en condiciones difíciles, perseguidos por todos y por todas las opciones. Casi siempre cada grupo se dividía en dos, tres y hasta cuatro facciones. Es difícil imaginar la cantidad de tiempo, esfuerzo y paciencia que Trotsky tuvo que emplear en esa labor. Sólo en los archivos puede medirse la actividad de los doce años de exilio. La persecución fue para él un motivo constante de preocupación, hasta llegar a quitarle el sueño, y su vida privada y todo eso comenzará a respirarse cuando empiecen ustedes a leer las cartas.

Eso es todo lo que puedo decir en esta ocasión. Hay cerca de 17,500 documentos, de los cuales más de 4,000 son cartas escritas por Trotsky mismo. Todo eso debe ser estudiado con cuidado y atención. Aquellos que están dispuestos a entregar esa atención tendrán grandes satisfacciones y a ellos les deseo la mejor de las suertes.

Enero 7 de 1980

